

DEL DISCURSO INAUGURAL DEL IV CONSEJO NACIONAL DE LA SECCIÓN FEMENINA, PRONUNCIADO POR PILAR PRIMO DE RIVERA

CAMARADAS :

En este año en que por la gracia de Dios y por el genio militar del Caudillo, España ha vuelto a recobrar su unidad, quiero hablaros a todas las provincias, reunidas por primera vez desde que existe la Falange, de la responsabilidad que como Jefes Provinciales habéis contraído con la Patria.

Decía JOSE ANTONIO, hablando del mando, estas cosas: «DE AHI LA IMPONENTE GRAVEDAD DEL INSTANTE EN QUE SE ACEPTA UNA MISION DE CAPITANIA. CON SOLO ASUMIRLA SE CONTRAE EL INGENTE COMPROMISO INELUDIBLE DE REVELAR A UN PUEBLO—INCAPAZ DE ENCONTRARLO POR SI EN CUANTO MASA—SU AUTENTICO DESTINO. EL QUE ACIERTA CON LA PRIMERA NOTA EN LA MUSICA MISTERIOSA DE CADA TIEMPO, YA NO PUEDE EXIMIRSE DE TERMINAR LA MELODIA. YA LLEVA SOBRE SI LA ILUSION DE UN PUEBLO, Y ABIERTA LA CUENTA TREMENDA DE COMO LA ADMINISTRE. ; CUAL NO HA DE SER SU RESPONSABILIDAD SI, COMO EL POEMA DE BROWNING, ARRASTRA A UNA TURBA INFANTIL DETRAS DEL CAMARILLO, PARA SEPULTARLA BAJO UNA MONTAÑA DE LA QUE NO SE VUELVE!»

Esto lo decía refiriéndose, naturalmente, al Jefe, al que descubre la luz y la doctrina para guiar a un pueblo.

Pero en cierta manera puede aplicarse también a vosotras, que si no descubristeis la verdad, creisteis en ella y que, como nos dice JOSE ANTONIO, habéis arrastrado a nuestra fe a muchos miles de camaradas.

Por eso esta misión vuestra de Jefes Provinciales no puede tomarse alegremente, como si fuérais presidentas de una Asociación cualquiera. El ser Delegada Provincial de la Falange lleva en sí la tremenda responsabilidad de conseguir que sea verdad todo aquello que les hemos hecho creer a las camaradas, y de asumir con perfecto conocimiento de causa aquella capitania que la muerte nos dejó en herencia, para que las notas de la melodía que hemos oído no se pierdan nunca.

Esta educación, que será completa, queremos dirigirla principalmente hacia la formación de la mujer como madre. De esta manera, no sólo evitaremos uno de los mayores males, producidos en su mayor parte por la ignorancia de las mujeres, como es el de la mortalidad infantil, sino que obedeceremos una orden del Caudillo, quien continuamente y cada vez que tiene ocasión de encontrarse con sus Secciones Femeninas, les da la misma consigna: «Salvar la vida de los hijos por la educación de las madres.»

Para orientar esta formación vamos a inspirarnos, como siempre, en las enseñanzas de JOSE ANTONIO; decía él «que hay que volver a poner al hombre los pies sobre la tierra, y para la mujer la tierra es la familia.

Si conseguimos hacer a las mujeres así, ya hemos hecho bastante, y se bendecirá a esta generación nuestra a la que, por buena o mala suerte, le ha tocado sacrificarse.

Por otro lado, a nosotros no se nos pide que conquistemos tierras, ni se nos ha llamado para resolver cuestiones internacionales; como os he dicho antes, el Caudillo nos encomienda una labor más sencilla, pero fundamental para la Patria, y es que evitemos en lo posible, con nuestras enseñanzas, la muerte de los niños. Porque cada niño que se muere por falta de cuidados, puede ser un Místico, un Genio, un Soldado, un Descubridor o un Poeta, y aunque sólo sea un ciudadano vulgar, siempre sería uno más para poblar nuestro suelo, esquilado de habitantes, para ayudar con sus brazos a plantar los árboles que necesita la Patria, para incorporarse con su trabajo a la tarea de nuestra Revolución o para coger un fusil en defensa de la unidad de nuestras tierras, o en empresas de nuevas conquistas.

Y esa sí que es obra vuestra, y eso sí que tiene que quitaros el sueño: el pensar que puede perder la Patria la vida de un hombre, por cualquier motivo de fácil remedio, como es un biberón mal preparado o una comida dada a destiempo.

Ya sé que educando a las madres evitaremos la muerte de los hijos; pero esta tarea es lenta y España tiene prisa en doblar el número de sus habitantes. Por nuestra parte, yo os aseguro que para evitar eso no regatearemos medios; todo lo que la Ciencia ha estudiado para cortar este mal, iremos a buscarlo; los profesores que mejor conozcan la materia serán los que os enseñen; pero necesitamos también de vuestra ayuda y de vuestra iniciativa, porque todo lo que se encamine a evitar la muerte de los niños, lo acogeremos con calor.

Y será mejor la provincia que al cabo del año pueda decirnos que se salvaron por sus cuidados cien pequeños camaradas, y será todavía mejor la que nos diga que evitó la muerte de mil. Y después de haber realizado esto, sí que podríamos echarle en cara su estupidez a los que nos decían con sorna que nuestra misión había terminado al acabarse la guerra.

Tenéis que tener en cuenta que la obra de que nos hacemos cargo presenta tremendas dificultades, porque la mayoría de las mujeres en España están sin formar o están deformadas interiormente.

Las clases económicamente más desatendidas, saben, dentro de sus escasos medios, preparar la comida diaria y arreglarle la ropa al marido; pero, en cambio, se les mueren los hijos, como os he dicho antes, no por falta de interés ni por falta de cariño, que las madres siempre son madres, sino simplemente por ignorancia, y esta ignorancia que les impide salvar la vida del hijo, les impide también, en menor

escala, el tener gusto para la casa y el conocer los más elementales deberes que como mujer tiene que cumplir para con el hombre, para con la Patria y para con Dios. Claro, que no son ellas las culpables; es que los caducos sistemas antiguos que les concedieron el voto en las elecciones y quisieron halagarlas a fuerza de piropos, no supieron educarlas.

Tenemos luego las clases acomodadas, que por haber recibido una formación en centros de enseñanza más o menos organizados, saben hablar de Arte y conocen idiomas extranjeros; pero, en cambio, ignoran totalmente cómo se adereza una comida o cómo se plancha un encaje, y son incapaces de resolver los más pequeños conflictos caseros, sin darse cuenta de que, a lo mejor, uno de estos detalles insignificantes es la causa del principio del alejamiento de los hombres, que van a buscar, en donde sea, aquello que no encuentran en sus casas.

Y hasta las mejores, incluso religiosamente, no suelen estar del todo bien formadas, porque ellas, que no son capaces de cometer un pecado contra el quinto, el sexto y el séptimo Mandamientos, no reparan a lo mejor en criticar a una persona o en faltar al Mandamiento del Ayuno, con el más leve motivo, sin acordarse de que los Mandamientos no son tres o cuatro hechos a su medida, sino que son diez de la Ley de Dios, cinco de la Iglesia y siete los Pecados Capitales. Esto no quiere decir que nosotros nos creamos mejores que los demás, ni que estemos libres de pecado; pero es que, por lo mismo que conocemos el mal, quizá por propia experiencia, estamos en mejores condiciones de enmendar en nosotros y en los demás estas deformaciones.

Por eso, a la vista de tantos males, no se nos oculta la responsabilidad tan tremenda que contraemos al comprometernos a formar a las mujeres, que son, en definitiva, las que van a educar a la próxima generación, porque los hijos serán, en muchos casos, como quieren sus madres que sean.

Claro que en esta obra de formación no vamos solas, porque diariamente invocamos al Espíritu Santo para que nos infunda sus siete sagrados dones, y recordamos también todos los días aquello del Salmo: «Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se cansan los que fabrican; si el Señor no guarda la Ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda.»

Y por eso, a vosotras, camaradas Jefes, que sois las que tenéis que dirigir toda esta Revolución que vamos a hacer, os exigimos renunciamiento absoluto; es decir, todas las ventajas que queremos para las demás, serán para vosotras trabajos y sacrificios; sólo os exime de esta obligación el matrimonio, porque ese deber es para vosotras de mayor importancia que ningún otro.

Y en este año en que hemos visto pasar el cuerpo de JOSE ANTONIO por los campos de España, entre los sollozos de las mujeres y el llanto contenido de los hombres; este año, en que hemos visto los ojos atónitos de los que no creían en él, mirándole fijos, nosotras, sus predilectas quizás, las que le oímos y creímos en él, antes y después de su muerte, no podemos dejar esta carga que la Falange ha puesto sobre nosotras.

El paso de su cuerpo, que para otros ha sido descubrimiento, para nosotras tiene que ser confirmación de fe, y promesa de apartarnos de todos aquellos que le miraron sin fe y respeto, y de acercarnos, en cambio, a los que lloraron por él, a los que sintieron la muerte de su gente en la muerte suya, a los campesinos que silenciosos salieron en las madrugadas a buscarlo; a los que vieron pasar, sobrecogidos, su cuerpo por las calles de Madrid, impresionantes y calladas ese día como nunca. Entre esta gente que así ha reaccionado, tenemos que buscar los nuevos valores, los mandos jóvenes, que sigan transmitiendo sus consignas, y llevar esas camaradas allí, a Medina, donde su cuerpo y su espíritu se formarán para la Falange.

Toda esta tarea es difícil y nos rodearán enemigos a la izquierda y a la derecha. Pero, ¿qué puede importarnos la dificultad inmediata, si al cabo del tiempo no habrá de ella ni memoria y, en cambio, quedará hecha nuestra obra?

Lo único que tiene que importarnos es que el Caudillo nos diga todos los años lo mismo que nos dijo en Medina: «TENGO FE EN VUESTRA OBRA.» Con esto, nos basta para seguir.

Y ahora, a vosotras: Tarragona, Barcelona, Gerona, Madrid, Guadalajara, Cuenca, Ciudad Real, Valencia, Alicante, Murcia, Albacete, Jaén y Almería, provincias liberadas en este año: ya sois todas de España. Si nos hubiérais visto, como al padre del hijo pródigo, salir todas las tardes al terrado para ver si veniais...! Hasta que una por una, rotas y deshechas, habéis ido llegando. Vuestras tierras ya las tenemos; pero ahora tenemos que recuperar vuestra alma, y a eso es a lo que vamos.

Al Caudillo ya lo conocéis, porque es el que os ha liberado; sabéis también quién es JOSE ANTONIO, porque por vuestras tierras anduvo; ahora os vamos a hacer vivir lo que es la Falange; vamos a meternos en la inquietud de España, en esta inquietud nuestra que no descansará hasta que sea realidad perfecta la Patria, el Pan y la Justicia, porque todo es nada y todo es añadidura, sino son estas tres cosas que con la fe y el amor componen la vida del hombre.

¡CAMARADAS: POR FRANCO!

¡ARRIBA ESPAÑA!